

**EPIFANÍA DEL SEÑOR**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**6 de enero de 2019**  
**Is 60, 1-6; Ef 3, 2-3.5-6; Mt 2, 1-12**

"Con la luz buscan la luz". Estas palabras del himno de vísperas, hermanos y hermanas, resumen el sentido de la búsqueda de los magos. "Con la luz buscan la luz"; es decir, con la luz de *la estrella* buscan aquel que es *la luz verdadera* que ha venido al mundo *para iluminar* la humanidad" (cf. Jn 1, 9). Habían descubierto la luz de la *estrella* en sus tierras *de oriente*, y dedujeron que indicaba el nacimiento *del rey de los judíos*. No era, por tanto, la estrella la que determinaba el destino del niño Jesús, como dirían los astrólogos, sino que *la estrella* estaba al servicio del recién nacido para hacerlo conocer a los *magos*. A continuación se pusieron en camino hasta que llegaron a *Jerusalén*. Allí los entendidos en las Escrituras Sagradas de Israel les indicaron que tenían que llegar hasta Belén. Al ponerse en camino, vieron que *la estrella* que habían descubierto en *oriente* los precedía, *hasta que se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño*. Era una *casa* y, al entrar, *vieron al niño con María su madre*. El itinerario a través de la geografía expresa el itinerario de fe de aquellos hombres, que siguiendo la luz llegaron *al que es la luz, el rey de los judíos* que buscaban. Dios les revelaba, también a ellos que venían de un pueblo pagano, a su Hijo, Jesucristo (cf. Ga! 5-16). Y ellos, una vez encontrado el *niño, cayendo de rodillas*, le rindieron *homenaje y le ofrecieron sus presentes*. Unos *presentes* muy significativos, porque no se corresponden con lo que necesita un recién nacido sino que expresan el reconocimiento que aquellos *magos* hacen de Jesús como Dios y como rey. Estos *magos*, pues, representan las primicias de los pueblos no judíos que llegan a la fe en Jesucristo, a descubrir en él *la luz del mundo*, aquel que da sentido a la vida y enseña a vivir en plenitud.

Es bueno fijarse en un contraste que indica el evangelista. *Herodes* y los jefes religiosos *se inquietaron al oír* lo que les decían *los magos* sobre el nacimiento del *Mesías*. En cambio, *los magos* experimentan una *alegría inmensa* al encontrar a Jesús. Por un lado, es la inquietud de quienes tienen miedo de perder sus puestos privilegiados, porque han hecho de su vivencia religiosa un ámbito de seguridad y no están abiertos a los planes inéditos de Dios. Y, por otro lado, encontramos la alegría de quienes, después de un itinerario de fe, acogen a Dios en su vida y están disponibles a dejarse iluminar por él y cambiar lo que sea necesario.

*Los magos*, que, siguiendo la luz de *la estrella*, llegan a Belén, encuentran Jesús en la casa y en manos de la Virgen María. Con esto el evangelio nos indica que el camino de fe lleva a la Iglesia, la comunidad de los discípulos de Jesús, que es el lugar donde, a través de la Palabra que enseña y de los sacramentos que celebra, se encuentra Jesús en toda su riqueza espiritual.

Todo el episodio evangélico de los *magos*, pues, no nos habla sólo de unos episodios pasados, sino también de nosotros y de nuestra vivencia cristiana. También a nosotros, cristianos, nos ha sido revelado Jesús como Hijo de Dios y *Mesías* Cristo. Lo hemos empezado a conocer por la fe a través de personas que nos han guiado, como *la estrella* a los *magos*. Hemos descubierto en él *la luz del mundo* que ilumina la humanidad con el Evangelio. Y, por el bautismo, nosotros mismos hemos sido hechos *hijos de la luz* (cf. Jn 12, 36) para que procuremos traducir en obras, con la vida y con la palabra, la fe que nos ilumina y así la irradiemos los demás. En nuestra manera de hacer, tenemos que ser como *la estrella*: luz para los demás; una luz que lleva esperanza, que llama a la fe, que se traduce en amor desinteresado al otro, sea quien sea y piense como piense.

La niebla espesa domina el horizonte de este 2019. Nuestra sociedad experimenta muchas confrontaciones, vive con preocupación por el futuro y a menudo carece de razones de esperanza. Los más lúcidos se dan cuenta de que a través del aumento del populismo se quiere retroceder hacia posiciones que parecían superadas. En este contexto social, los cristianos, a partir de la luz de Cristo, hemos de aportar la visión evangélica de la persona humana, de las relaciones sociales y colectivas; tenemos que aportar las virtudes que ayuden a construir en libertad la persona y a respetar los derechos de los pueblos. Tal como decía el Francisco en la homilía del primero de año, estamos en un mundo muy conectado a nivel planetario, pero muy desunido, con muchas situaciones de sufrimiento, de injusticia, de soledad, de tensión; con rupturas aparentemente irreconciliables, con esclavitudes, con debilidades que se tratan de vestir como si fueran fortalezas. Cuesta saber qué hacer y hacia dónde se debe tirar. En la noche, el deseo de bien nos puede hacer de estrella. Y a la luz de Jesucristo debemos testimoniar la importancia del amor al otro, de la necesidad de establecer vínculos fraternos de comunión por encima de la diversidad legítima; la importancia de poner en el centro el bien de cada persona humana por encima de los intereses económicos y de política partidista.

Jacint Verdaguer hace decir a *la estrella*: "Yo os muestro el camino, / seguidme, Reyes nobles; / Soy para reyes y pueblos / la estrella de la mañana "(Canción de Navidad). Ser para los demás "la estrella de la mañana". Es la tarea de testimonio activo a la que nos llama el Evangelio, de modo que, iluminados por la fe, seamos luz que ilumina la ruta e indica donde se encuentra el camino de la vida, de la alegría, de la fraternidad.

Hemos empezado a conocer a Jesucristo por la fe. Pero es un conocimiento que nos llama a otra realidad, que también desea nuestro anhelo más íntimo. Hemos conocido a Cristo en la Iglesia, hemos comenzado a contemplar en la fe la irradiación de su luz, pero el término hacia donde se encamina nuestra fe es contemplarlo cara a cara, ver su gloria excelsa, como pide la liturgia de hoy (cf. oración colecta). Para llegar, necesitamos que la luz de Dios nos preceda siempre y que su gracia nos acompañe cada día para poder llegar a contemplar y a poseer el misterio del Dios hecho hombre y revelado a todos los pueblos (cf. poscomunión). La participación en este misterio nos es anticipada ahora en la celebración de la Eucaristía.

h